

DIEGO M. BALLESTERO



PROYECTO AETERNUM



A mi padre.

Quale il padre tale il figlio.

Cruzamos el infinito a cada paso,
nos encontramos con la eternidad
a cada segundo.

RABINDRANAHT TAGORE

Creo en la vida eterna en este mundo,
hay momentos en que el tiempo se detiene
de repente para dar lugar a la eternidad.

FIODOR M. DOSTOYEVSKI

Obra de modo que merezcas a tu propio
juicio y a juicio de los demás la eternidad,
que te hagas insustituible, que no merezcas morir.

MIGUEL DE UNAMUNO

CARTAS A MR. WILLSON



¡Ding dong ding...! Y así siete veces seguidas, si mal no recuerdo, acabo de escuchar.

Proviene las campanadas de un desconocido reloj que está a mi espalda, y que no es el Big Ben, lo que me da a entender que en esta hermosa ciudad europea, Roma, una ciudad venal, cruel, de ladrones, de obispos impíos que acababan convertidos en Papas impíos (como bien decía A.B¹ en una de sus muchas y muy buenas novelas), son las siete en punto de la tarde.

Es Roma, la capital de una gran bota llamada Italia, preparada desde siempre para golpear con el tacón de aguja en sus helénicas partes a Grecia y Albania, o, apuntando en la dirección contraria, en la cabeza a la inteligente y descuidada España, vecina de la nariguda Portugal.

Algunos pensaréis que Italia huele a pies; nada más lejos de la realidad. Si pudiese darle una descripción muy, pero que muy por encima de ella (al menos de Roma, donde ahora mismo me encuentro), le diría que huele a incienso,

¹ Anthony Burgess Wilson (1917–1993). Escritor inglés mundialmente conocido por obras como *La naranja mecánica*, *Poderes terrenales* o la trilogía *Enderby*. La frase que aquí se menciona es similar a la escrita en su novela *Las mujeres romanas de Beard*.

aceite de oliva, laurel, carne picada y lujuria disfrazada de puritanismo, al más viejo estilo de la vieja y agonizante Europa.

Me encuentro en este instante sentado en soledad, en una hermosa y despejada terraza que está muy cerca de la plaza de San Pedro, a unos cincuenta metros de distancia, con el sol romano de media tarde golpeándome de lleno en los ojos. Es una tarde soleada, muy hermosa, y llevo bebidas ya —como un buen y clásico irlandés— cuatro pintas de cerveza *Guinness*. Estoy rodeado de *belle ragazze* de pelo suelto, largo y moreno, con gafas de sol oscuras y medio vestidas con pantalones cortos y camisetas muy parecidas a las que usaban nuestras mujeres en los primeros años de este siglo, sin mangas, y tan cortas que enseñan sin pudor sus bonitos y sensuales ombligos. Beben vino *rosato* o lambrusco, mientras sonrín a su alrededor. Ahora una de ellas me sonría a mí, y levanta su copa de lambrusco en dirección a mi mesa. ¡Belleza italiana! ¡Mediterránea! Su sonrisa cálida no puede compararse con la de nuestras mujeres, más frías, más falsas y forzadas, en definitiva, menos hermosas. Quizás han pensado al verme escribiendo en plena calle, garabateando continuamente en un papel en blanco (pues ya casi nadie escribe, no lo olvidemos) que soy escritor, como tiempo atrás fueron sus antepasados Maquiavelo, Dante Alighieri, o más recientemente Umberto Eco, pues estamos, no lo olvidemos, en Italia, cuna del arte clásico por excelencia. Pobrecillas, el arte, como el respeto a nuestros mayores, es cosa del pasado.

Pero antes de que el «Gran W», como le conocemos vulgarmente en la administración, se tire de los pocos pelos que le quedan en su cabezota y se levante enojado a por una copa de whisky escocés de cuatrocientas libras la botella, mientras dice en voz alta: «jodido cabrón irlandés, desagradecido de mierda, gastándose nuestro dinero de vacaciones en vez de trabajar», y cosas por el estilo, déjeme que le diga que estoy trabajando, y mucho, en esta complicada misión que usted mismo me encomendó, quizás más de lo que he trabajado en toda mi vida.

En mi primer y último mensaje enviado hace poco más de un mes le escribí: *«Todo marcha bien; la misión continúa sin contratiempos, pero necesito más tiempo. Tenga paciencia»*. ¿Y por qué razón no le he vuelto a escribir hasta ahora?, se preguntará ceñudo el señor W mientras apura su primera copa. ¿Y por qué esta vez le envió una carta directamente a su casa y no un telegrama a la agencia, como se debe hacer? Hay para ello varios motivos que inmediatamente paso a enumerarle.

El primero es porque en estos momentos estoy aburrido, a expensas de lo que ocurra en días sucesivos, y me apetecía escribir esta carta de mi puño y letra. Un camarero, un joven *ragazzo* de labios gruesos y muy rojos, con cara de retrasado mental, me ha traído un bolígrafo y unas cuantas hojas de papel de muy buena calidad. Como puede apreciar en mi trazo titubeante y en las numerosas faltas de ortografía que seguro esta carta contiene, he bebido algo más de la cuenta.

El segundo motivo es porque a estas alturas de la película (la cual le narraré con todo lujo de detalles dentro de muy poco) no puedo fiarme de nadie para hacerle llegar esta información, ni de los correos ordinarios, mensajes o telegramas, ni de ninguna otra fuente de comunicación. Ni tan siquiera puedo fiarme ya de su propia gente, mi admirado y muy querido señor W.

Pero el motivo principal por el que le escribo esta carta es porque hoy... 14 de abril del año 2057... hace exactamente diez años que nos conocimos. ¿A que no recordaba que hoy es nuestro aniversario, señor W? ¡Pobre y solitario señor W, siempre enfrascado en preocupaciones innecesarias, olvidando, como si nunca hubiesen existido, los días pasados!

Recuerdo nuestro primer encuentro como si hubiese sido esta misma mañana. Fue en un conocido pub de ambiente francés llamado *Le Madame*, situado, aunque resulte paradójico decirlo, en pleno centro del barrio chino. ¿Lo recuerda usted, señor? Déjeme pues, mi querido W, que le refresque la memoria.

Usted estaba, como hombre de dinero que era, en el reservado de aquel pub inglés; imagino que sentado en un cómodo y redondeado sofá rosa con una copa de whisky con hielo en la mano y rodeado de bailarinas exóticas y ligeras de ropa que le hacían carantoñas en la entrepierna con la intención de ganar por ello un buen puñado de billetes. Unas le pondrían el tanga en la cara, otras, su escaso y escotado sujetador. A su espalda, imagino, tendría a dos guardaespaldas de elegantes trajes

negros y gafas de sol que, disimuladamente y adquiriendo una pose profesional, se tapaban el miembro erecto con las manos.

Cuando por fin saliste del reservado y te dirigiste triunfante a la barra es cuando me acerqué a ti. «¿Nos conocemos, señor?», dije mirándote directamente a los ojos. Aprecié que habías bebido más de la cuenta, una presa fácil. Un hombre de negocios, pensé, de mediana edad, con un ligero sobrepeso que con los años, y no muchos, iría a más. Casado con una hermosa mujer venida a menos —que sufría en los últimos tiempos serios problemas emocionales que combatía empujando el codo y añorando sus años de juventud—, y que era padre de dos hijos ya crecidos a los que no hacía ni puñetero caso. Un hombre que deseaba estar a esas horas de la tarde-noche en cualquier bar tórrido antes que en su propia casa. No me equivoqué en casi nada: tenías un hijo, no dos.

Me dijiste que no me conocías.

—No te he visto en mi vida, muchacho —gritaste amenazante, apuntándome con el vaso de whisky—. Sal de mi vista antes de que parta tu culo irlandés de una patada.

—¿Cómo demonios sabes que mi culo es irlandés? —te pregunté intrigado.

Eso me dio lugar para acercarme un poco más a el alto taburete en el que te sentabas de lado. Vi que llevabas en la muñeca izquierda un reloj de oro; muy brillante, realmente caro.

—Reconozco a un puñetero irlandés desde lejos —dijiste—. Ahora, muchacho, sal de mi vista.

Me puse a tu lado. Y mientras terminabas el whisky, con disimulo, metí la mano en el bolsillo interior de tu elegante americana.

—No quiero problemas, ¿vale? —te dije haciéndome el ofendido y retrocediendo ligeramente hacia atrás cuando me miraste de nuevo—. Simplemente creí conocerte. Hay un hombre que vive cerca de mi casa, en Owen Street, que se parece mucho a ti, aunque ahora que te miro de cerca... tú estás más gordo, aunque menos calvo. Pensé que eras él y podrías llevarme a casa en tu coche tras terminar la copa de whisky, en esta noche lluviosa, fría y ventosa, noche típicamente londinense. Solo ha sido un pequeño malentendido. Pero —grité, sintiéndome realmente ofendido por tu anterior comentario— no me gustó eso que dijiste de patearme el culo irlandés, ¿pero qué cojones tenéis todos en contra de los jodidos irlandeses, no somos tan honrados y trabajadores como los insignificantes galeses, los estúpidos de los escoceses o los explotadores de los ingleses?

Un chico pelirrojo que se sentaba en el otro extremo de la barra, vestido con una camisa verde de cuadros que parecía en la penumbra del lugar un sucio y desgastado kilt, gritó «*Plonker*»² con el típico acento escocés, casi escupiendo la palabra.

—Mira chaval —dijiste sin tan siquiera mirarme—, no estoy de humor, y no voy a entrar a estas alturas en discusiones con un ignorante duende verde.

Pediste otro whisky. Yo te ofrecí burlonamente a modo de despedida el saludo militar al estilo británico que se

² Forma suave (y graciosa) de llamar a alguien ‘*imbécil*’.

usaba antaño, acercando los dedos a la frente, la palma hacia afuera, y juntando las piernas en una acción rápida y vulgar. Después salí lentamente de allí, disimulando, palpando con la yema de los dedos tu cartera, que se encontraba ahora dentro de mi estrecha cazadora de piel marrón de imitación. Estaba tan llena de libras que parecía que iba a reventar de un momento a otro. Tenías que tener mucho dinero para llevar semejante efectivo encima, pues, como todos bien sabemos, ahora se paga con tarjeta de crédito o poniendo el ojo en una máquina que escanea una luz verde en la retina. Cuando salía por la puerta de *Le Madame* con la sonrisa del pícaro inteligente y triunfador en la cara, dos tipos que estaban afuera esperándome me agarraron por los hombros. Le di al tipo de mi izquierda, sin tan siquiera mirar quién era, un rápido cabezazo que le partió la nariz. El de mi derecha, más grande y fuerte, me asestó un derechazo en el estómago que me dejó momentáneamente sin aire. Cuando de rodillas sobre el suelo mojado alcé la vista, te vi en la calle, frente a mí, aplaudiendo.

—Así que aparte de un asqueroso borracho eres también un ladrón —dijiste—. Muy mal, muchacho, muy mal.

—¿Por ser irlandés —dije de manera entrecortada, tomándome mi tiempo para respirar— das por sentado que soy un borracho?

—Mira, muchacho, no quería llegar a esto, pero tú te lo has buscado.

El guardaespaldas de mi izquierda, con la nariz rota, se levantó del suelo. Aproveché entonces la confusión del momento para dar un puñetazo en los testículos al